

la industria, no demasiado, prohibiendo sobre todo la explotación de los pozos petrolíferos de que está lleno el territorio de Pala.

El lector curioso podrá enterarse, a través de largos y, a veces, amenos discursos, de las formas ingeniosas con que el primer ministro Huxley comienza a realizar una comunidad de salvajes, dotándolos de libertad, régimen social cooperativo, placeres amorosos y fuertes creencias espirituales que no van en mengua de los derechos corporales. Pero de este largo tratado la parte más interesante, a mi ver, es la que se refiere a la forma de aplicación de sus ideas. Desde luego abortaría toda imposición dogmática, a través de una doctrina cerrada o a través de un gobierno fuerte. De ahí que sólo le quede el recurso específico de la educación y a éste se aferra demostrando la enorme importancia

de "su" que ha engendrado en Suiza una benéfica Cruzada Espiritual—donde es visible la caricatura del *Recreo Moral*— y un hijo, especie de Astinoo, devorado por la madre, cuyo ideal de vida son las montañas, y, de modo más íntimo, el dictador de un país vecino. Ellos dos, más el dictador mencionado y los agencias petrolíferas internacionales, se encargarán de dar sepultura a la experiencia "paleosa", con lo cual no se sabe si Huxley ha querido demostrar que no se puede ser cordero en un mundo de lobos, o simplemente que en este globo terrestre ya no queda sitio para el paraíso terreno.

Aunque quizás esta ilusión no justifique una novela tan desecada en hombre tan inteligente.

A. R.

(*) Aldous Huxley: La Isla. Buenos Aires, Sudamericana, 1963. 375 ps. (Trad. de Floreal Maglia).

Escritor busca paísito ansioso de gobernante que instaure felicidad. Ocurrir a Aldous Huxley, Londres.

No menos de treinta años clamando por un cambio drástico del mundo actual son más que suficientes para que un autor se desempeñe por vez realizada en doctrina, así sea en una isla pequeña, así sea en una isla imaginaria. Tres grandes de las letras tuvieron un decoroso operariado, como Goethe en el vecino dantón de Weimar. Huxley, en cambio, sólo la pudo ver cómo se cumplían puntualmente sus más sinistros profecías, y eso en el brevísimo lapso de los veintidós años que separan *Un mundo feliz* de *Nueve viajes a un mundo feliz*. Es normal que haya Huxley el tance frenético en que se piensa poner en el Times un aviso que diga: "Escritor famoso busca paísito ansioso de gobernante que instaure felicidad, Ocurrir a Aldous Huxley, Londres".

Muestra el tal país no responde, y un poco como adelanto programático para desperpear la paz, el novelista inglés decidió apelar a sus diestros recursos creadores y dar realidad—por lo menos literaria— a ese mundo ansioso donde ha de instaurar la paz, la plenitud sexual, la libertad política, la ligera economía, el arte, la unión mística en el todo, etc. Decenas de ensayos, artículos, declaraciones, han expresado lo que Huxley piensa sobre estos temas, pero él sabe que—siempre siendo muy mejor ensayista que orador— sus artículos tienen un público sólo reducido. Por eso decide construirse un mundo narrativo, y desde el *Opuschar* ha venido sosteniendo el contenido de sus libros de ensayos, replicando a veces casi textualmente lo dicho en *La filosofía personal*, en *Orde, libertad y paz*, en *El fin y los medios*, en *Adán y el alfabeto*, en *Tema y variación*. Viste esos ensayos, bastante sumarios, con una acción maravillosa, mística, y así condensados los presenta a la variedad de sus innumerables lectores.

El proyecto se llama *La Isla* (*) y está en la primera novela de Huxley. Pero si el que lea aquí un entretenimiento narrativo de características pueriles se vea, por comparación, en cambio para el público poco habituado a la escritura de Huxley será la oportunidad de conocer, en forma amena y abreviada, una decena de libros del inglés, no sólo que hay allí de todo, pero que se sólo la idea, arguyendo y desmenuando para encontrar problemas del mundo actual, aunque a la parte sus argumentos no convenceran demasiado. Un periodista, Will Farnaby, vendiendo las dificultades que se oponen al fango de extrajeros. Llegó al reino de Pala, sí hábil del sendero adriático donde está, desde hace cien años la felicidad serena, está custodiada por la ciencia y amparada por la divinidad. Will Farnaby es el intelectual prototipo de las novelas de Huxley: tal *Willow Crown*: "es demasiado inteligente para creer en Dios o estar convencido de su propia razón. Y aunque sus estúpidas convicciones, es demasiado sensible para creer en ellas. Sus instintos querían actuar y sus sentimientos creer; pero sus filétes nerviosos y su inteligencia no se lo permiten". Una hermosa educación infantil, una torturada situación sexual y amorosa, una apatía que va por estropearlo. En Pala, al contacto con la verdad y la felicidad de los indígenas, se perdona y renace como hombre nuevo.

El sistema "paleoso" es un ejemplo único de estructura cultural, algo así como el camino del cielo y del infierno duplicado en el encamamiento de la ciencia inglesa y la filosofía hindú. Las reformas que hicieron de este paísito el más feliz de un pacto entre seres serenos, estéticos y sanos; en definitiva dos hemisferios separados que por la felicidad, comienza por el control de la sexualidad. Decisión mayor de los últimos días del amor (matrimonio), lo que los católicos romanos llaman *coitus reservatus*, que el mundo europeo. El segundo paso consistió en desarrollar la agricultura y un poco

que concierte a los métodos educativos, firmemente convencido de que un hombre es, en definitiva, lo que se le ha enseñado a ser de niño y adolescente. Una buena experiencia personal, una fe grande en los viejos Freud y Pavlov, una implícita adhesión al condicionamiento social, lleva a Huxley a creer que el hombre es, al menos en un alto porcentaje, lo que se le ha enseñado a ser. Aplicando un recetario de cocina, explica de dónde nace la desdicha de los hombres occidentales: "Tómese un esclavo esclavizado, se, zoológicamente inepto, una mujer insatisfecha, dos o (si se prefiere) tres pequeños adictos a la selección; hágase un acuerdo con una mezcla de freudismo y de cristianismo diluido; luego añádales hermiticamente en un departamento de cuatro habitaciones y cocine durante quince años en el fuego".

El condicionamiento de los hombres se viene haciendo por las religiones y su puritanismo errátil, desde hace siglos, y de allí provienen los males presentes, dice Huxley: "San Agustín fue castigado por su maestro y sus padres se rieron de él cuando se quejó. Lutero fue sistemáticamente escotado, no sólo por sus maestros y su padre, sino incluso por su amante madre. El mundo ha venido pagando desde entonces por las lagas de su trasero. El prudismo y el Tercer Reich... síta Lutero y su teología de las flagelaciones, estas monstruosidades jamás habrían podido existir. O tome la teología de la flagelación de Agustín, tal como fue Heredia a sus costumbres lógicas por Calvino y digerida, en negro, por personas piadosas como James MacPhail y Janet Cameron. Premio mayor: Dios es Totalmente Otro. Premio menor: el hombre es totalmente depravado. Conclusión: Haz o los traseros de tus hijos lo que te hicieron el tuyo. Es que tu Padre Celestial ha venido haciendo el trasero colectivo de la humanidad desde la Caída". Pero Huxley no desecha los sistemas rituales engendrados por las religiones, sino su significado: ha desahogado, junto con todo el mundo contemporáneo, que la propaganda es un monstruo que sirve para todo, bueno o malo, y que el rezo también "Se puede repetir "Hey Diddle Diddle" o "Kyrie Eleison" o "La illa illa Ilch." Y de resultados porque cuando uno está ocupado con la repetición de "Hey Diddle Diddle" o "El nombre de Dios no puede preocuparse consigo mismo". De ahí demotivación del yo, reconocimiento del otro, reconocimiento sobre todo de la unión mística. Un poco de Maître Eckhart, otro poco de contemplación budista y una buena dosis de misticismo, le permiten a Huxley crear una religión de la percepción del mundo y del otro, asentada sobre la farmacología, el espiritualismo y el uso aventajado del jardín paradisiaco.

Cada vez más Huxley se presenta como un buen tipo del XVIII, convencido de que puede operarse en la realidad sin encorsetarse demasiado, y haciendo el bien a través de inteligentes y serenos élites culturales que gobiernan la confusión humana. Que si el paraíso sea serpiente, y debe ser bastante inexplicable para él que no haya aparecido ningún salvamento o al menos una república americana dispuesta a hacer la prueba. La UNESCO podría hacer una experiencia de este tipo, para lo cual sólo necesitaría de un paísito con un millón de habitantes. Claro está que la conclusión del libro parecería valer por una confesión de fracaso. Porque a los perfectos "paleosos" no se les había ocurrido aborrecer el régimen político—monárquico, constitucional—, dejando en acción a una por-

